y Marina (según dijo) fue hurtada en su tierra, que era hacia Xalisco, al poniente de esta ciudad de Mexico, donde en muchas partes como yo he visto se habla esta lengua mexicana, y fue llevada y vendida a Tabasco. Entendióse que era de padres nobles y bien lo mostró con las buenas inclinaciones que siempre tuvo. No se entendieron ella y Aguilar luego perfectamente, porque los indios de esta Nueva España más que otras naciones entienden por meneos y señas, por tener muy vivos los sentidos interiores y exteriores, porque es admirable su imaginativa; pero presto se entendieron bien y fueron muy fieles intérpretes, cosa que a Fernando Cortés fue de mucha importancia y descanso, y Dios que así lo ordenó para que más aína se hiciese la obra de la introducción del santo evangelio.

CAPÍTULO XVII. *Cómo se le va a dar aviso a Motecuhzuma de la llegada de Cortés, y de un presente que le envió muy de notar*

OMO MOTECUHZUMA, DESPUÉS DE LAS NUEVAS que le habían llevado sus caballeros de la gente que había parecido en la mar, había mandado a sus gobernadores que en la parte que saliesen a tierra los regalasen y acariciasen, hízolo así Teuhtlille y vino a visitarle de parte suya, y como sintió en Cortés sus intentos, y que eran de ver a su rey, no le pareció cosa conveniente que esto se ocultase ni menos que otro que él llevase la nueva a su señor, porque temía algún gran castigo si por su descuido u negligencia hubiese algún desmán u desconcierto; y así fue él en persona con las pinturas sobredichas y relación de lo que había pasado con Cortés; y cuando lo vio Motecuhzuma quedó admirado mucho más que la primera vez, espantándole las armas, los caballos ensillados y los caballeros que iban en ellos, su traje y tiros de artillería; y temiendo que de gente tan feroz y tan proveída no le podía suceder sino daño, y entendiendo que apetecían el oro (porque así se lo habían dicho sus criados), mandó sacar de sus riquezas, que eran tan grandes cuales nunca se cree otras antes de ellas haberse visto ni oído, y componer un presente de cosas por tal artificio hechas y labradas que parecían sueño y no artificiadas por mano de hombres, y mandó a Teuhtlille que en compañía de otro caballero mexicano se llevase a Fernando Cortés.

Mandóles partir luego porque llegasen con priesa, pensando que Cortés y los suyos fácilmente se contentarían y se irían luego; y mandó a su gobernador que por buen término, en dándole el presente, le dijese que se fuese a su tierra y saliese de la suya, porque tenía por cierto, según sus agüeros (de los cuales hemos tratado ya en el libro de sus guerras y pujanza en que estaban los mexicanos cuando llegó Cortés), que su estado y prosperidad había de perecer dentro de pocos años por mano de cierta gente que en sus días bajaría su potencia y felicidad (que es la causa porque derramó

lágrimas como vimos en el capítulo pasado), y por esto, como allí se dijo, comenzó a vivir con tristeza y sobresaltado. En siete días que tardó Teuhtlille en venir a Mexico y volver adonde los españoles estaban, acudía mucha gente de los pueblos comarcanos deseosos de ver tal extrañeza y llevaban algunas joyuelas, gallinas, maíz y otros bastimentos con que los soldados se entretenían, porque los más de ellos llevaban cuentecillas y otros rescates con que ayudarse.

Volvió el gobernador Teuhtlille, con el principal mexicano, con más de cien indios cargados, y llegando donde estaba Cortés hicieron sus reverencias y comedimientos; llevaron por delante braseros en que echaban el sahumerio que usaban de copal, con que les incensaron. Esta ceremonia no se hacía sino a los que reconocían por dioses; y de aquí se advertirá cómo por entonces y algunos tiempos después fueron tenidos estos españoles, de estos indios, por deíficos, aunque en estas primeras ocasiones por puros dioses; y de aquí nació temerlos tanto que a creer que eran puros hombres, por sin duda se tiene, que ni los dejaran pasar adelante ni dejaran de juntar los reyes de Mexico, de Tetzcuco y Tlacupa, que eran los que tenían repartida la tierra entre sí y sus gentes, y salir a consumirlos; pero permitió Dios que pensasen que eran dioses a quienes ellos tanto respetaban y que desde luego se atemorizasen con su entrada en sus reinos; lo uno para que fácilmente unos de ellos se confederasen con los españoles y fuesen contra los otros y que éstos contra quien venían ligeramente se acobardasen; lo otro para que así desavenidos y discordes entrase el príncipe de paz Jesucristo con su evangelio, a soldar la quiebra hecha en las diferencias que entre sí traían estas naciones.

El mexicano que venía de parte de Motecuhzuma dio a Fernando Cortés la bienvenida y luego con mucha gravedad mandó tender unas esteras muy ricamente labradas (que ellos llaman petates) y encima de ellas mantas de algodón; luego sobre ellas pusieron diversidad de camisas de algodón y telas de lo mismo, delicadísimamente labradas, entretejidas de pluma, de extremados y excelentes visos y de muy varios y diferenciados colores. Rodelas hechas de varas muy blancas, entretejidas con plumas y con patenas de oro y de plata; y en otras, perlas menudas como aljófar y no se puede decir su artificio, lindeza y hermosura; un casquete de madera muy sutil cubierto de granos de oro por fundir; un capacete, planchas de oro y campanillas colgadas y encima asentadas unas piedras como esmeraldas; penachos de varias plumas grandes, con los cabos de argentería de oro colgando; mosqueadores de pluma rica con mil juguetes y lindezas de oro y plata, hechos por muy sutil y maravilloso artificio; brazaletes y otras armaduras de oro y plata que usaban en sus guerras, de tal manera con sus plumas verdes y amarillas entrepuestas y cueros de venado muy adobados y colorados, que no se puede bien decir su curiosidad y hechura; alpargates u sandalias de cuero de venado (que llaman cactli) cosidos con hilo de oro y por suelas una piedra blanca y azul, cosa preciosa y muy delgada, sobresuela muy delgada de algodón; espejos hechos de margajita, que es un metal resplandeciente como plata (de que decimos en otra parte); y éstos grandes

como un puño, redondos como una bola, engastados en oro, que dejado el valor del engaste, sola la hechura y hermosura suya se pudiera vender en muy caro precio, y que a cualquier rey y señor grande se pudieran presentar; muchas mantas y cortinas para cama, delgadísimas, de algodón que parecían ser más ricas que si fueran de seda, y de diversos colores; muchas piezas de oro y plata, un collar de oro que tenía más de cien esmeraldas y muchos más rubíes o piedras que lo parecían, y colgaban muchas campanillas de oro, y otro collar con muchas esmeraldas y ciertas perlas ricas y la hechura admirable y otras piecezuelas como ranas y animalejos, joyas como medallas chicas y grandes que solas las manos o el primor del artificio de ellas valía más que el oro y plata; granos de oro por fundir, sacados de las minas, como garbanzos más y menos; y lo que más engrandeció este presente fueron dos ruedas. La una de oro, esculpida en ella la imagen de el sol, con sus rayos y follaje y ciertos animales señalados que pesaba más de cien marcos. La otra era de plata con la figura de la luna labrada de la misma manera que el sol, de cincuenta y tantos marcos de peso. Tenían de grueso como un real de a cuatro (poco más) y ambas macizas y de el tamaño cada una de rueda grande de carreta. Todos los que vieron el presente quedaron suspensos y admirados de tan gran riqueza y aun bien envidiosos de pasar adelante por otro mayor que él o semejante. (Que esto tiene el oro, que aviva el corazón y anima al alma, para que con inquietud y riesgo de la vida si por otro medio no se puede alcanzar le pretenda y muchas veces se les pone a los hombres por señuelo para que, cebados de él emprendan cosas que sin él, aunque ellas en sí son grandiosas no las estiman ni apetecen.) De aquellos grifos que tiraban el carro de el infante don Pedro que anduvo las siete partidas de el mundo (si no es apócrifa su historia) se dice: que llevaban en asadores la carne apartada de la boca, los cuales por alcanzarla volaban a lo alto, que era la parte donde el infante quería que fuesen; lo cual no hicieran estos animales si no llevaran el interés por delante. Y demos que sea cuento y mentira aquella historia, a lo menos no lo es saber que si no es siempre, las más veces u casi todas mueve más a los hombres la esperanza de el premio u interés que todas las razones de el mundo; y conocémoslo en lo que acaece a un niño, que si está llorando por más razones delicadas que se le dicen no aprovechan con él para que calle; y en dándole un dix u alguna otra cosilla calla y hace lo que le mandan; ¿qué es esto? ¿Qué? Que le movió el interés de lo que le dieron y no las palabras dulces y regaladas que le dijeron; porque como dice el adagio común, obras son amores y no buenas razones. Y Cristo nuestro bien para más engolosinar a sus discípulos a los bienes de la gloria y a padecer por ellos trabajos les mostró en el monte un rasguño de ella. Juzgaron los que vieron estas cosas que valdría el oro y plata sin la hechura de todo más de veinte y cinco mil castellanos; y su hechura con las otras cosas ricas que fueron a vueltas de estos metales en otro tanto y más; de manera que lo que valía todo fueron más de cincuenta mil ducados, los que Motecuhzuma envió a Fernando Cortés en esta dádiva.

Si bien consideramos este presente hubo en él dos cosas: una, que por

ser tal y tan rico hinchó de codicia el corazón de Cortés y los de sus compañeros para apetecer otro tan bueno o mejor y aun para hacerse señor de los que tenía el rey que los poseía y enviaba aquel que se le había dado. La otra, que la riqueza de él destruyó y cortó la cabeza a Motecuhzuma; porque si no mostrara su riqueza nadie apeteciera su persona; y así dijo muy bien el otro: que el caminante pobre pasa por la presencia de el ladrón cantando y seguro de recibir mal ninguno por riquezas. Envió el rey de Babilonia a visitar a Ezechías,[1] que lo era de Jerusalén; y por mostrarles el gozo que había recibido en su venida les hizo muchas fiestas y concluyólas con enseñarles todas sus riquezas y tesoros y todo cuanto bueno tenía en su real palacio; holgaron mucho de verlo los embajadores; pero entró después el profeta Isaías y dijo al rey: ¿Qué gente es ésta que ha venido a tu casa u qué embajada han traído? Respondió el rey: Éstos son embajadores de el poderoso rey de Babilonia y han venido a visitarme de su parte. Prosiguió luego el profeta, y dijo: ¿Qué vieron en tu casa? Todo lo que hay en ella (respondió el rey), así de ropas preciosas como de tesoros y riquezas y finalmente cuanto mis antepàsados han recogido y yo he podido haber. Díjole luego Isaías: Pues no pienses que es lo mejor que has hecho èl haberles enseñado tus tesoros; y porque veas el gran mal que de ello ha resultado te digo de parte de Dios que vendrá tiempo en el cual entren tus enemigos en tu casa y te la saqueen y te lleven todos tus tesoros, no dejando en ella nada de cuanto los reyes pasados, tus antecesores, atesoraron ni de cuanto bueno tú hubieres aumentado y hecho; y te certifico que no han de dejar cosa en ella; y lo que más lastima y causa compasión es que los hijos que engendrastes han de servirles de eunucos y criados. Toda esta desgracia pudiera ser que excusara Ezechías si no se mostrara rico. Lo mismo fuera posible que aconteciera a Motecuhzuma con Cortés, que si no le incitara y provocara con sus tesoros, por ventura se fuera y le dejara; porque si atendemos las salidas que estas gentes de estas islas hacían y armadas que enviaban no era a más fin que a rescatar oro y plata; y cuando lo hallaron en tanta abundancia como aquí parece no habían de desechar la ocasión antes de aferrar de ella pues la buscaban; y se ve muy bien cumplido en este desgraciado rey, lo que en Ezechías profetizó Isaías; que no sólo por mostrarse rico perdió sus riquezas sino la vida a vueltas, y sus hijos, nietos y descendientes hechos criados de aquellos mismos que lo despojaron y destruyeron. Juicios de Dios éstos acontecidos, y avisos para los hombres, que por hacerse ricos muestran en la plaza los bienes que les ha dado.

[1] Regs. 20. vers. 12. ad. 19.